

en Europa. La Orden de Menores, que briosa y joven salía al palenque, recibió de sus protomártires el bautismo cruento, la consagración de la sangre que ha menester toda obra redentora. De aquella sangre brotó el taumaturgo de Padua; y así como el empeño que puso Francisco en evangelizar las comarcas de Oriente hizo de sus discípulos fieles custodios del sepulcro de Cristo y de los lugares testigos de su Pasión, el suplicio de los mártires de Marruecos cimentó para siempre en el fértil Magreb la tolerancia y el respeto hacia la orden de Asís y el culto cristiano, que consintió el Miramamolín en sus dominios, con condición expresa de que fuese servido por hijos de san Francisco (14). Todavía hoy en las aldeas berberiscas, como en las tolderías y aduares beduinos, es acogido con amorosa familiaridad el fraile misionero, y venerado el burdo sayal, proscrito en las ciudades católicas de España (15).

Volvamos á Francisco, que corría en Italia espoleado del afán de defender á su dama la virgen Pobreza; pues mientras las cinco rojas flores franciscanas embalsamaban el antiguo jardín de las fabulosas Hespérides (16), y la Orden cogía en Mauritania el primer lauro, en Italia era combatida por la primer borrasca, y resonaba la primer nota discordante en la celestial sinfonía de Asís. Ya en el capítulo de las Esteras, Juan de Eustaquia y Elías de Cortona habían tratado de insinuar á Francisco, por mediación del cardenal protector Hugolino, la conveniencia de que mitigase el rigor de la regla en el artículo de la pobreza: sabemos cuál fué la respuesta de Francisco. Ahora, en torno del mismo Elías, nombrado General de la Orden, comenzaban á agruparse los que querían engrandecerla según la carne y no según el espíritu, y llegaban á

oídos de Francisco noticias de la edificación de capaces y suntuosos conventos, de hábitos de fino paño, de celdas cómodas y apacibles, á la vez que de graves novedades en el régimen interior: sus frailes, hechos á comer indiferentemente, á fuer de pobrecillos y mendigos, lo que la caridad les diese, conforme Cristo enseñó á sus apóstoles para cuando peregrinasen por el mundo, y á vivir lo mismo de suculentos manjares que de tosca galleta de maíz, estaban ahora sujetos á una prescripción fija de abstinencia de carnes; aparente austeridad, que en el fondo pugnaba con el espíritu de la regla. Hacíasele á Francisco largo el camino de vuelta á Europa.

Detúvose en Venecia, y una tarde salió á espaciarse el ánimo por las márgenes de las lagunas. El paisaje, ameno al par que melancólico, convidaba á meditación: en lontananza se tendía la azul planicie del Adriático, erizada de menudas olitas; á los pies del Santo dormitaba el agua parda é inmóvil de los canales, y sombreábanla frescas plantas palúdicas, abedules y cañaverales de follaje lustroso. En aquel lugar solitario, pocas veces hollado del humano pie, se refugiaron infinidad de aves acuáticas, que saludaron á Francisco con regocijada algarabía. Rogóles Francisco que guardasen silencio, y arrodillándose, comenzó á alabar á Dios con el rezo de las horas: y entretanto las aves, paradas en graciosas actitudes de reposo, formaron círculo en torno suyo, sin alejarse siquiera. En el lugar donde ocurrió tan poética escena se alzó una ermita y un convento más tarde (17).

De Venecia pasó Francisco á Padua, á Bérgamo, á Cremona, donde halló otra vez á Domingo de Guzmán, el cual bendijo, á ruegos de Francisco, las aguas malasanas de una cisterna, purificándolas. De Cremona



siguió á Mantua, entrando por fin en la sabia Bolonia. Innumerable concurso salió á recibirle fuera de las puertas de la ciudad: pasado era el tiempo en que profesores y legistas escarnecían á los pobrecillos de Asís: la fama de Francisco llenaba la cristiandad, y atropellábanse las gentes por contemplar de cerca al hombre extraordinario y tocar el borde de su raída túnica. Dos de los mejores estudiantes de cánones, Peregrín Falerone y Rizzerio de Mucia, corrieron á pedir el hábito penitente, y con ellos entró en la Orden Bonicio, compañero íntimo de Francisco después. En aquella ocasión fué cuando el arcediano Tomás de Espalatro escribió el curioso documento, hallado en los antiguos archivos de la Catedral, que dice así: «Yo, Tomás, ciudadano de Espalatro y arcediano de la iglesia catedral de la misma villa, siendo estudiante en Bolonia por los años de 1220, he visto, el día de la Asunción de la Madre de Dios, á san Francisco predicando en la plaza pública, ante el Palacete, hallándose allí toda la ciudad congregada. Dividió su sermón de esta suerte: *ángeles, hombres y demonios*; y de estas criaturas, inteligentes todas, discurrió tan bien y con tal exactitud, que muchos literatos que le escuchaban se maravillaron de que así lo platicase un hombre sencillo. No siguió el estilo ordinario de los predicadores, antes como orador popular habló solamente de la extinción de las enemistades y de la necesidad de estipular paces y concordia. Era su hábito roto y sucio, exigua su persona, demacrado su rostro; pero Dios prestaba á su palabra eficacia tal, que multitud de hidalgos, que desenfrenados y crueles habían vertido mucha sangre, se reconciliaron allí mismo. El afecto y veneración por el Santo eran tan universales y fuertes, que hombres y mujeres corrían

á él en masa, y dichoso quien lograba tocar la fimbria de su ropa.»

Hallábase en Bolonia el cardenal Hugolino; Francisco fué ante todo á besarle la mano, y después á visitar el convento construído á costa de la ciudad y regido por Juan de Eustaquia. Apenas hubo fijado la vista en el edificio, exclamó con profundo dolor é indignación: — «¿Y es ésta la casa de los Menores? Mejor parece morada de príncipes. Á ninguno que en ella habite reconoceré por hijo mío. Ea, si ahí dentro hay algún fraile Menor, que salga y la abandone luego.» — Dóciles y confusos fueron saliendo todos, incluso León, la *Ovejuela de Dios*, que gravemente enfermo se hizo conducir en brazos fuera. Toda la ciudad de Bolonia, y con ella Hugolino, rogó entonces á Francisco permitiese á los frailes habitar la casa erigida por la devoción, y de la cual no se tenían por propietarios, antes la consideraban dada de limosna. Mal de su grado hubo al fin de acceder Francisco; pero á guisa de protesta no quiso aposentarse en el convento, y á todos sus moradores ordenó hacer expiatoria penitencia. Después, en compañía de Hugolino retiróse Francisco al monasterio de la Camándula, empinado en la majestuosa cima de los Apeninos, que ve y domina, según la descripción de Ariosto (18), las costas adriáticas y mediterráneas, el mar de Toscana y el de Esclavonia, y al qual rodean centenarios abetos y castaños frondosísimos. El tiempo que pasó allí en soledad y recogimiento fué uno de los periodos de calma que tanto necesitaba Francisco para cobrar ánimos y proseguir valerosamente su obra. Hecha larga oración y contemplación en la Camándula, separáronse los dos amigos, tomando Hugolino la vuelta de Bolonia y Francisco la del monte Alber-



nia. Iba con Francisco uno de sus frailes, mancebo de Asís, de muy noble estirpe, y viendo al Santo montado en un jumentillo que para remediar su cansancio le prestara un labriego, decía entre sí: — « He aquí que el hijo de Pedro Bernardone va caballero, y yo á pie sirviéndole de paje. » — Francisco adivinó lo que pasaba por las mientes al mozo, y apeándose, le ofreció su cabalgadura. — « Sube, le dijo, que no es razón que el hijo de Bernardone vaya mejor acomodado que tú, que eras más ilustre en el siglo. » — Arrojóse el joven fraile, encendido de vergüenza, á las plantas del Santo, y las bañó con lágrimas de arrepentimiento.

Llegando Francisco al valle de Espoleto, vióse rodeado de sus frailes que de los muchos conventos de los contornos acudían á verle, á cerciorarse con el testimonio de los ojos de que no había perecido en la arriesgada misión de Palestina. Especialmente los partidarios de la pobreza estrecha, los futuros zeladores, rebosaban júbilo por la vuelta del Santo. Francisco comenzó á girar visitas á los conventos, con propósito de observar hasta dónde se relajaba é infringía la regla. Fray Hubertino de Casal, que escribió á principios del siglo XIV, refiere una anécdota concerniente á esta visita, anécdota decimos, porque la veracidad de Hubertino no es tal que permita dar á sus palabras completo asenso. Conforme á la relación de Hubertino, el general fray Elías se atrevió á presentarse ante Francisco con hábito de rico y primoroso paño, de luenga y piramidal capilla y el talle ceñido con cuerda muy prolijamente labrada: y Francisco, alabando mucho ante todos los frailes la elegancia y buen corte de la ropa, pidióla prestada por ver cómo le caía; y vistiéndola, comenzó á pasearse

con prosopopeya, erguida la cerviz, saliente el pecho, y dirigiéndose en tono protector á los atónitos frailes, les decía: — « Buenas gentes, Dios os dé paz » (19). — Y de pronto arrebatado, encendido, arrojó lejos de sí el hábito, gritando: — « Así vayan los hijos espúreos de la Orden » (20).

Lo que puede darse por cierto es que Francisco, al tornar de Siria, halló iniciados en su Orden los abusos y disturbios que más adelante habian de desgarrarla. Y en el primer paroxismo de la amargura que aflige á cuantos encuentran dificultada la realización del ideal por la flaqueza y miseria de la humana condición, tuvo entre el silencio y paz nocturna apocalipsis maravillosa y terrible. Vió una estatua de desmesurada magnitud: el semblante era bellissimo y de oro puro y resplandeciente fabricado; el pecho y brazos de plata bruñida; de bronce el vientre y los muslos; de hierro las piernas, y los pies de arcilla. Absorto miraba al coloso, el cual le habló diciéndole: — « Ésta es tu Orden: la cabeza de oro representa los tiempos heroicos del primitivo fervor; los brazos de plata, el periodo de engrandecimiento en que producirá apologistas, sabios, prelados y pontífices; los muslos de bronce, la época de propagación y difusión grande, pero en que el encendimiento del espíritu se amortigua; las piernas de hierro figuran el cisma, las disputas y desavenencias interiores, la dureza del corazón falto de caridad; y, finalmente, el pie de arcilla simboliza la caída de los que se encenagarán en el lodo de la tierra, debiendo vivir en las cimas del cielo. » — No era esta bíblica y grandiosa visión de Francisco más que figura de una verdad que el historiador ve á cada paso patente; á saber, que no pueden las ideas divinas bajar á la tierra sin expo-



nerse á que empañe su nitidez y hermosura la imperfección humana. Y así como en blanco lino se echa de ver toda mancha, y al diáfano cristal hasta el vaho del aliento lo deslustra, así Francisco la más leve falta tenía por defecto gravísimo en la pureza de su Orden.



## NOTAS.

(1) *Respondit socius: Frater, pro minimo tibi sit ut ab hominibus judiceris, quia non modo incipis fatuus reputari.* (San Buenaventura, *Vida de San Francisco*.)

(2) « Como el Rey se hallaba sentado enfrente del Sultán, prorrumpió de repente en llanto, y habiéndole preguntado el Sultán por qué lloraba de aquel modo, *motivo tengo para ello, respondió, cuando veo al pueblo, confiado por Dios á nuestros cuidados, perecer en medio de las aguas y atormentado por el hambre.* Enternecido de su pesadumbre, el Sultán lloró igualmente. » (Cantú, *Historia Universal*.)

(3) *Tandem vero metuens ut aliqui de exercitu suo verborum ejus efficacia ad Dominum conversi, ad christianum exercitum pertransirent, cum omni reverentia et securitate ad nostrorum castra reduci præcepit, dicens ei in fine: — Ora pro me, ut Deus legem illam et fidem, quæ magis sibi placet, mihi revelet.* (Jacobo de Vitry, *Historia Occidental*.)

(4) Calcúlase, según Mateo Paris, en treinta mil los cautivos cristianos á quienes de una sola vez dió libertad Malek; y á su muerte dejó grandes sumas destinadas á los hospitales cristianos y á rescate de esclavos.

(5) *Vidimus primum hujus Ordinis fundatorem et magistrum, virum simplicem et illiteratum, dilectum Deo et hominibus, fratrem Franciscum nominatum, ad tantum ebrietas excessum et fervorem spiritus raptum fuisse, quod cum ad exercitum christianorum ante Damiatam in terra Ægypti devenisset, ad Soldani Ægypti castra intrepidus, et fidei clypeo munitus, accessit.* (Jacobo de Vitry, *Historia Occidental*.)

(6) Con referencia á una leyenda antigua, guardada en el archivo de Santa Cruz de Coímbra, narra el cronista Marcos de Lisboa de distinta manera este incidente. Según el viejo



manuscrito, lo que la Reina preguntó á los misioneros fué si moriría antes ó después de ella su esposo: y los frailes dieron por respuesta que moriría primero el que primero saliese á recibir sus reliquias. Con esto la reina, al tener noticia de que ya se acercaban á Coímbra los despojos de los mártires, rogó al Rey se adelantase, que ella le alcanzaria presto. Estaban las reliquias á una legua de Coímbra, y el Rey y su séquito iban á encontrarlas, cuando cruzando por un bardal cerdoso jabalí, incitó á Alfonso II, grande amigo de caza, á entrarse por el monte; y la Reina, que detrás venia por el camino trillado, fué la primera en topar los santos cuerpos, y entendió que á despecho de sus ardides, la cogia el peso de la sentencia.

(7) Doña Sancha murió en olor de santidad y muy venerada del pueblo lusitano.

(8) La Giralda.

(9) Calculando por la fecha en que se verificó el suplicio de los protomártires franciscanos, el Miramamolín que se hizo verdugo suyo debió ser El-Mustansir, hijo del Rey Verde, el vencido de las Navas. Los emperadores de Marruecos tomaban el título de *Amir-el-Mumenin*, ó sea Príncipe de los Creyentes, desde que uno de ellos, Jusef, conquistó el país dominado por los musulmanes en la Península, y todos los príncipes mahometanos le reconocieron por jefe y señor; y los españoles por corrupción hicieron de *Almir-el-Mumenin* la palabra *Miramamolín*. El-Mustansir, en modo alguno heredero de las dotes guerreras de su padre el Rey Verde, murió en el año de 1224, á los veintiuno de su edad, de la cornada que le dió una vaca brava, que con gran número de toros trajera de España para la lidia, á que era aficionadísimo; y habiendo los protomártires ganado la corona en 1220, resulta que El-Mustansir contaba diez y siete años cuando les partió el cráneo con su cimitarra.

(10) Escribieron asimismo las actas de los protomártires el obispo de Lisboa, el provincial de los Menores en Portugal, y el doctor Juan Tisserando, con arreglo á los datos suministrados bajo juramento por los hombres de armas del Infante.

(11) Aunque muchos historiadores de san Francisco, y entre ellos el recientísimo P. Palomes, fijan la fecha del martirio de los siete frailes en Ceuta un año después del de

los de Marruecos, el padre Magliano, que tan esmerada y diligentemente rectifica la cronología de la leyenda franciscana, demuestra como este suceso no pudo ocurrir hasta 1227, según consta de la crónica de los veinticuatro Generales, y así lo consignan los Breviarios corregidos.

(12) Llamábanse los misioneros de Ceuta, Ángel, Domilo, León, Nicolás, Samuel y Hugolino, é iban al mando de fray Daniel de Calabria. Cargados de cadenas en su prisión, dirigieron al párroco del barrio de Genoveses, en Ceuta, la epístola, siguiente: «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordia y Dios de todo consuelo que nos sostiene en las tribulaciones, y que preparó al patriarca Abraham la víctima para el sacrificio; á Abraham, que obtuvo la justificación y amistad de Dios, porque dejó su patria y vagó por el mundo henchido de confianza en los mandamientos del Señor. En consecuencia, el que fuere sabio, hágase insensato para saber más, pues la ciencia mundana, ante Dios es locura. Nos han dicho: id, y predicad el Evangelio á todas las criaturas, y enseñad que al siervo no toca ser mayor que su amo. Si os persiguieren, considerad que yo también fui perseguido. — Y nosotros, siervos pequeñuelos é indignos, hemos dejado la patria, hemos venido á anunciar el Evangelio á las naciones infieles, somos para los unos aroma de vida, para los otros hedor de muerte. Hemos predicado aquí ante el Rey y ante su pueblo la fe de Jesucristo, y nos han cargado de cadenas. Pero sin embargo, estamos sumamente consolados en nuestro Señor, y esperamos que reciba nuestra vida como holocausto agradable.» — Al noticiarles la sentencia de decapitación, los seis frailes cayeron á los pies del ministro Daniel exclamando con lágrimas: «Gracias damos á Dios y á ti, padre, que nos has guiado á ganar la corona del martirio.» — Daniel respondió: — «Regocijémonos en el Señor, hoy es día de fiesta; los ángeles nos rodean, el cielo está abierto.....»

(13) *Parea que a danza, e non a morte, andasse  
ciascun de' vostri, o a splendido convito*  
.....

dice Leopardi pintando la actitud de los soldados de Leonidas en la defensa del memorable desfiladero; y el antiguo cronista franciscano habia escrito ya, casi con las mismas palabras: *Ibant illi gaudentes Dominum laudantes, perinde ac si ad opiparum essent invitati convivium.*



(14) En 1227 tomó Fr. Agnelo, compañero de san Francisco, el título de Obispo de Fez y Marruecos, por letras apostólicas de Gregorio IX, y desde entonces, no sin grandes vicisitudes, y alguna vez persecuciones y martirios, no han dejado los franciscanos de residir en el Magreb. Es muy curioso notar como los marroquíes, reacios y tercios en recibir el Evangelio, veneraban sin embargo cada vez más á los frailes, y hasta solían atribuir las calamidades públicas á cualquier molestia que se les causase. Acerca de este asunto y otros no menos interesantes referentes á nuestros vecinos de África, véase la obra reciente de Fr. Manuel Castellanos, *Descripción histórica de Marruecos*.

(15) Los franciscanos, que en África usan su túnica y capilla tradicionales, se han visto precisados á ocultarlas en España bajo una especie de manteo eclesiástico, y á cubrirse la cabeza con un sombrero de canal, á fin de no llamar la atención, y quizás provocar la agresión de las gentes.

(16) En el territorio del Magreb (la Mauritania Tingitana de los antiguos geógrafos) y hacia los últimos estribos del Atlas sobre el Océano, se creyó situado el jardín de las Hespérides.

(17) Llámase del Desierto de Contrada.

(18) .....  
*Appennin scopre il mar Sclavo e il Tosco.*  
 .....

(19) *Bonæ gentes: Dominus det vobis pacem.*

(20) *Sic incident bastardi Ordinis.*



## CAPÍTULO VII.

## PASIÓN.

El pesebre de Greco. — Prueba. — Donación del monte Albornia. — Descripción. — Sed de la Cruz. — Última morada. — El Serafin. — Luz en derredor del monte. — Los estigmas y llagas del costado. — Calor que exhala Francisco. — Despedida.

.....  
*Pone me ut signaculum super  
 cor tuum, ut signaculum su-  
 per brachium tuum, quia for-  
 tis est ut mors dilectio.*  
 .....

(Canticum Canticorum,  
 C. VIII. v. 6.)

.....  
 Ponme como un sello sobre tu  
 corazón, como un sello sobre tu  
 brazo: que más fuerte es el  
 amor que la muerte.  
 .....

(Cantar de los Cantares  
 C. VIII. v. 6.)

**A**NTES de referir los dolores del calvario franciscano, detengámonos un punto en las ino- centes alegrías del pesebre de Greco. Cuando Honorio III hubo aprobado la segunda regla, Francisco solicitó y obtuvo autorización para celebrar solemnemente en el caro conventillo la próxima Navidad. Con tal ocasión soltó Francisco la rienda á su poética y ardiente fantasía meridional. En una gruta de la montaña formó el establo, y sobre el heno del pesebre